

VI Domingo del Tiempo Ordinario (12-02-23)
Jornada Mundial de Oración por los Enfermos
Homilía de Monseñor Carlos Castillo
(Transcripción)

Hermanos y hermanas:

“Estuve enfermo y me visitaron”, dice Jesús en el Evangelio de Mateo, atendiéndolos, atendemos a Jesús. En este domingo en que concluimos la Semana y la Jornada Mundial de Oración por los enfermos, hemos querido unirnos también a la oración por los hermanos golpeados por la tragedia telúrica en Turquía y Siria, a los hermanos afectados por las inundaciones en Caylloma, por la hermana Ucrania que todavía sufre gravemente la tragedia de la guerra, por las familias de los hermanos muertos durante las manifestaciones, y por todas las regiones y provincias que esperan ser escuchadas y buscan encontrar soluciones justas.

Hemos querido unir nuestras oraciones, el día de hoy, al deseo profundo de amistad y amor que todos compartimos. Hoy, al inicio de la semana de la amistad y de los enamorados, queremos retomar los valores tan íntimos que apreciamos todos, especialmente, que apreciamos entre los jóvenes. Y con esta fiesta civil, queremos empalmar con esa humanidad nueva que Jesús quiere suscitar en todos nosotros, y que implica siempre amor y enamoramiento.

Dice el Eclesiástico: *“Quien encuentra un amigo, encuentra un tesoro”*. Y en el Cantar de los Cantares, ella, la muchacha, emocionada: *“estoy enferma de amor”* y *“el amor es fuerte como la muerte”*.

Curiosamente, estamos en la Semana de Oración por los Enfermos, concluyéndola y empezando la semana del amor. También se puede enfermar de amor, y esa enfermedad necesitamos encauzarla profundamente, entenderla como la entiende el Señor que nos dio su amor hasta la muerte.

Ese Señor que, en la última cena, manifestó: *"He deseado ardientemente celebrar esta Pascua antes de padecer"*, y llama incluso a Judas "amigo". Viene en nuestra ayuda este Señor, ahora en medio de nuestros sufrimientos personales y sociales para resucitar en nosotros la capacidad de enamorarnos y de amistarnos con la hondura de su cercanía.

Este es el Dios al que han cantado nuestros poetas. Es el dios que *"mustia un dulce desdén de enamorado"*, y al que por amor *"debe dolerle mucho el corazón"*, el que alienta al plebeyo a amar y que *"trémulo de emoción dice así en su canción: el amor siendo humano tiene algo de divino"*, *"amar no es un delito porque hasta Dios amó"*.

Nuestros lenguajes peruanos están llenos de la fuerza amorosa del Evangelio, y es seguro que será mucho más en todas las lenguas del Perú, en el aymara y en el quechua, en el shipivo conibo y en ashaninka, y en todas las infinitas lenguas del Perú.

Por esa razón, continuamos el camino de esta vida cargados de todos los problemas hondos que tenemos, pero acompañados de la Palabra poética del Señor, que nos sigue llamando, nos sigue interpelando, pero, sobre todo, nos sigue inspirando. El Señor que no deja de hablarnos como le habla a la mujer samaritana: *"Si conocieras el don de Dios y quién te*

dice: Dame de beber; tú le pedirías a Él y Él te daría agua viva”.

Y su silencio en la Cruz y la entrega de su Espíritu, suscitó nuestra capacidad de hablar, de poner en nuestros labios sus palabras inspiradas, para ayudarnos mutuamente y por medio de la Iglesia, a caminar por su camino de vida a través de nuestras complicadas vidas.

Hoy nos pone el Señor un dilema: *"Ante los seres humanos está la vida y la muerte, y a cada uno se le ha dado lo que prefiera"*. Gran dilema, porque nos llama a un discernimiento y a una decisión libre, ya que de lo que prefiramos depende el camino de la vida o de la muerte, es decir, en el momento que nos ha tocado vivir a todos, personal y comunitariamente. Nos invita a percibir los signos: O reconocemos y valoramos los signos que nos llevan por el camino de la vida, o nos dejamos seducir por los signos tortuosos y tenebrosos que nos llevan hacia la muerte.

Y en el Evangelio (Mt 5, 17-37), Jesús, quiere invitarnos a entrar por el camino de la vida, reconociendo todos nosotros, el signo dinámico de una Ley que va hacia su plenitud, hacia su cumplimiento, de una justicia que no sea estrecha, mezquinamente, sino que se hace siempre la "justicia mayor", la justicia con misericordia, la justicia ancha, amplia, llena de generosidad y de gratuidad.

Por eso, cuando Jesús dice que hasta la última coma de la ley hay que cumplirla y ponerla en práctica, sin saltarse ningún precepto, incluso sin importancia, ni una coma, nos está invitando a traducir cada detalle en el hoy de nuestra vida realizando un cumplimiento oportuno y adecuado, preciso,

inteligente y capaz de vivir plenamente el sentido de vida que posee, y por el cual existe la ley.

Al revés de lo que podemos pensar, que la ley se aplica sin más, igualitita, literalmente, Jesús dice que *"no ha venido a abolir la ley sino a darle plenitud"*, es decir, a hacerla plena, llena de vida y de belleza creativa en el amor.

Por eso, hace unos días escuchamos esas palabras esclarecedoras de la boca del señor Nuncio Paolo Gualtieri: "No hemos de aplicar la ley de la fuerza, sino la fuerza de la ley", y esta fuerza es la que en el amor, por la vida de todos, es la fuerza del valor del bien común, del bien que nos une a todos por igual.

En tiempo de Jesús (y ahora también) el camino de la muerte, en cambio, viene de una idea mezquina de la justicia. Por eso, dice Jesús *"si su justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos no entrarán en el reino"*. Llama a superar la estrechez de escribas y fariseos que practicaban, en el fondo, su justicia contra la justicia de todos.

Esta justicia "menor", mezquina, estrecha, produce y reproduce muerte, la muerte de los otros, de los que "no son nuestros" que son, más bien, "carne de cañón" como si fuéramos los únicos que mereciéramos vivir.

Entrar en el dinamismo de la fuerza de la ley, y despedirse de la ley de la fuerza, es entrar en el dinamismo del Reino de Dios. Y en ese dinamismo entramos todos cuando anchamos nuestro corazón y anchamos nuestra mente, cuando dejamos de ser estrechos, y hacemos eso que muchas veces hemos mencionado en estos años: **rec-ti-fi-ca-mos**, rectificamos

desde la raíz nuestros comportamientos, propuestas, planes, acciones, leyes; aprendemos a ser "grandes" de visión, de corazón, de perspectiva, de actitudes y de acción.

Ese era el problema de los escribas y fariseos: que se hicieron cómplices de la muerte de Jesús. Su mezquindad los cegó, creían ver y no veían, y no pudieron percibir la propuesta de Jesús. Como dice Pablo (1 Co 2, 6-10) "ni ojo vio, ni oído oyó" la sabiduría eterna que se manifestaba en Jesús, en el sencillo Jesús, confabularon contra Él y lo mataron. No dejaron que la fuerza de la ley les abriera el horizonte y el corazón, se sectarizaron y fanatizaron, y así lo mataron. Solo la mirada y el corazón ancho de Jesús abre el camino de la salvación liberadora y de la vida.

Nosotros estamos a tiempo de recapacitar, porque siendo cristianos podemos rectificar el espíritu de la violencia y la ambición que está corroyendo nuestro país. Por ello, hoy es también importante recordarnos lo que Jesús dice: la Ley que no ha sido abolida. ¿Para qué lo dice? Para que comprendamos su fuerza estremecedora, la razón profunda de su existencia, el fondo más hondo del "¡No matarás!".

Y ello interpela directamente a todos y a todas, invitándonos a rectificar todo lo grave y destructivo que hemos hecho, y a sustentar con medidas adecuadas y justas, la superioridad moral del estado de derecho. No podemos dejar de mencionar que es preciso y urgente, en la dirección de nuestro país (sea en altos, medios o bajos cargos, hasta los dirigentes de base de la sociedad), de esclarecer las más de 60 muertes violentas que aún no han sido suficientemente investigadas, ni se ha asumido responsabilidades, ni reparado a las familias de sus víctimas, ni tomado medidas con los ejecutantes.

Rectificar las actitudes de ira y lenguajes de agresiones que favorecen formas distintas de violencia, dejando que se desate en nosotros cólera personal y colectiva. Evitemos seguir agrediéndonos, basta de decir: imbécil, necio, pituco, terruco ... actitudes del corazón egoísta y ambicioso que no ve la raíz del "¡No matarás!", el valor único de vida del otro, que vale tanto como la mía. La presunción de que mi vida es superior es tan vana que el Señor subraya, hoy día, que es merecedora de condena eterna.

Hoy día, tenemos a muchas personas que protestan legítimamente, pero hay que aprender a hacerlo consciente y responsablemente, proponiendo acuerdos y encuentros que conduzcan a soluciones plausibles. Es preciso que toda organización autónoma de base se distancie de toda propuesta violentista y procuradora del caos. El fundamento de todas las actitudes de muerte no viene del derecho legítimo de alzar la voz ante tanta injusticia y desigualdad. En esta semana se ha publicado que somos el cuarto país más desigual del mundo.

Este camino de muerte puede ser rectificado por medio de "procesos de encuentro" entre hermanos (como señaló el señor Nuncio), es decir, procesos de hermanamiento. Y lo dice Jesús llamando incluso a interrumpir el rito de la ofrenda. Si alguien tiene algo que reprocharme (como los miles que hoy día claman) yo, el reprochado, debo dejar mi ofrenda y primero ir a reconciliarme con el que me reclama.

Hay, hoy en el Perú, miles que claman porque nos vayamos a reconciliar con ellos *antes de dejar nuestra ofrenda*. Y si comulgamos, debemos recordar que recibimos el don del cuerpo de Cristo que se comparte y, por lo tanto, nos da

fuerzas para ir a buscar a quien nos reprocha para crear formas de hermanamiento y reconciliación.

Por eso, en medio de tantos pleitos, en donde muchos nos ponen pleitos, el Evangelio dice claramente: procuremos un arreglo enseguida...organicemos entre regiones y regiones, entre comunidades y comunidades, entre generaciones y generaciones, formas de solución de problemas para ayudarnos (como ya hemos comenzado en la Cáritas Lima).

Y así, entonces, cuando cantamos, bellísimamente unidos, el himno nacional, cuando bellísimamente nos unimos al Señor de los Milagros o la Virgen de la Candelaria en procesión, podamos también traducir esa belleza en acciones concretas en que el símbolo se convierta en realidad, con una unidad de igualdad mayor entre regiones y grupos, como se hizo en el momento más difícil de nuestra historia cuando el terrorismo arreciaba, y un grupo inteligente de personas se unió con el apoyo de un grupo lúcido de empresarios para empezar a buscar la solución con inteligencia, sabiduría y sin violencia, rectificando los terribles años en donde todo era muertes y más muertes.

Esta rectificación, entonces, implica un giro fundamental en la forma de gobernar, de legislar, de hacer justicia y de poner orden, y en la forma de vivir la Iglesia y de rezar. En todos los casos, hemos de excluir la violencia, y tenemos que hacer que brille la sabiduría e inteligencia para actuar.

También es preciso un giro definitivo en la forma de protestar que deseche la violencia y la agresión contra las instituciones de un estado que ha costado siglos forjar entre todos los peruanos. Todos, y mucho más las autoridades, tenemos el

deber de respetar la vida, la salud, la alimentación, la vivienda y la dignidad de todos. Pero nos corresponde a todos los peruanos de a pie, de todas las regiones, organizarnos para una democracia más ancha y justa. También el peruano de base tiene que rectificar cierta pasividad, y convertirse en más comunitario y organizador de la vida entre todos.

“Si tu ojo peca, arráncatelo, si tu mano peca córtatela”, dice el Señor. Pero el Señor no nos quiere “mochos”, no nos quiere mancos ni cojos. Él quiere que quitemos todo vestigio de ojos posesivos, dominantes, de manos destructoras y de maltrato de uno para con otros, ya sea con la palabra o con los gestos. Es un camino largo, pero interesante.

Es preciso, entonces, cambiar el camino equivocado y optar por la vida. Esta justicia mayor, a la que el Señor nos invita, nos muestra la fuerza definitiva que nos conduce a la esperanza y que Francisco, hace cinco años, nos recordó y nos invitó a que nadie nos la robara. La mejor manera de que no nos la roben es que **seamos esperanza** y aprendamos a ha serlo.

El drama nacional que vivimos por las injusticias que sufrimos los peruanos, nos ayuda a superar intereses subalternos, individualistas, egoístas. A la hora en que vivimos hoy, podemos convertirla en la hora de la reconstrucción de la "amistad social" que el Papa Francisco propone, y en una actitud que permita que todas las instituciones se hagan responsables de sus actos, investiguen a fondo las cosas y hagan un cambio fundamental. Hagamos un cambio fundamental en nuestras actitudes de fondo.

Por eso, hermanos y hermanas, dejémonos de "oídos sordos" al clamor de la gente. No sigamos encerrándonos en

decisiones que eternizan a las personas en el poder. Separémonos del odio y hagamos posible, generosamente, un encuentro, que no sea un diálogo gaseoso, sino efectivo, especialmente, teniendo en cuenta la amistad con los sencillos. Amistados y enamorados caminamos mejor por la vida de cada uno. Por eso, nos gusta estar acompañados, mucho más caminar juntos como país. Amistémonos socialmente y enamorémonos de la paz social, así todo será mejor.

Por eso, esta mañana, pequeños signos nos unirán. Paul y Graciela son una pareja que casé hace 20 años, ahora les voy a pedir que renueven su lazo matrimonial. Luego, enfermos al final de la misa serán ungidos por todos nosotros, en especial, por los que son agentes pastorales de salud y sacerdotes aquí presentes.

Y también, vamos a bendecir a los jóvenes que han venido, a los jóvenes “patas” y a los jóvenes enamorados, para que ese amor crezca, madure. No necesariamente tienen que casarse después de ser enamorados, porque pueden encontrar a otra chica o a otro chico. Pero sí tienen la experiencia de aprender el respeto y el cariño verdadero. Eso que antes se llamaba el “amor puro”, pero que es, sobre todo, el amor gratuito, generoso y verdadero.

Amén.